

Eugenio, por lo mismo que no eran simulados. Creía él que su presencia debía bastar para que una mujer estuviera contenta, y hallándola tan afligida sintió un desencanto que vino á despertar su amor propio.

— Escasos títulos son los míos para merecer su confianza, dijo después de haberse atormentado en vano buscando en su imaginación la causa del disgusto; pero me atrevo á esperar que, si soy importuno, me lo dirá usted con toda franqueza.

— Quédese usted, contestó, porque si usted se va me quedará sola. Nucingen come fuera de casa; no quiero aburrirme en la soledad; necesito distracción.

— ¿Pero qué tiene usted?

— Sería usted la última persona á quien se lo dijera, exclamó Delfina.

— Quiero saberlo, porque sin duda hay algo en ese secreto que me atañe.

— ¡Quizá! Pero no, añadió, es una de esas reyertas matrimoniales que deben permanecer en el fondo del corazón. ¿No le decía á usted anteayer que no soy feliz? No hay cadenas que pesen tanto como las de oro.

Cuando una mujer confiesa á un joven que es desgraciada, ese joven, si tiene viveza, viste bien y lleva mil quinientos francos en el bolsillo, piensa lo que pensó Eugenio, y se convierte en un fatuo.

— ¿Qué puede usted desear? ¿No es usted joven, hermosa, amada y rica?

— No hablemos de mí, dijo Delfina moviendo tristemente la cabeza. Comeremos juntos, en la intimidad, y luego iremos á oír la más deliciosa de las músicas... ¿Le parezco á usted bien? añadió levantándose para

enseñar su vestido de cachemira blanca con dibujos persas de la más refinada elegancia.

— Quisiera que fuese usted toda mía, dijo Eugenio. Está usted encantadora.

— Tendría usted una triste posesión, dijo Delfina sonriendo con amargura. Nada aquí denuncia la desgracia, y, sin embargo, estoy desesperada. Los pesares me quitan el sueño, y acabaré por quedarme fea.

— ¡Oh, imposible, imposible! exclamó el estudiante. Pero quisiera saber qué penas son ésas que un amor solícito y decidido no puede borrar.

— ¡Qué pronto se alejaría usted de mi lado si se las confiara! Usted sólo me ama por una galantería frecuente en los hombres; pero, si realmente me amara, caería usted en la más espantosa desesperación. Ya ve usted que debo callarme... ¡Por Dios! siguió diciendo, hablemos de otra cosa. Venga usted á ver mis habitaciones.

— No, quedémonos aquí, respondió Eugenio, sentándose delante de la chimenea, en una confidente, al lado de la señora de Nucingen, á la cual tomó resueltamente la mano.

Ella, no sólo se la abandonó, sino que la apoyó con fuerza sobre la suya por uno de esos movimientos convulsivos reveladores de intensa emoción.

— Si tiene usted penas, cuéntemelas, pues lo merezco. Voy á probar que la amo á usted por usted misma. O hable usted para contarme la causa de su aflicción, para disiparla, aunque para ello tenga yo que matar á seis hombres, ó me levanto y me voy para no volver más.

— Ahora mismo voy á proporcionarle el medio de cumplir lo ofrecido, exclamó Delfina, dominada por un arranque desesperado que le hizo darse un golpe en la frente. Sí, añadió, no hay más medio que ése.

Y tocó un timbre.

— ¿Está enganchado el coche del señor? preguntó al ayuda de cámara.

— Sí señora.

— Lo tomo. El señor tomará mi coche. No servirá usted la comida hasta las siete... Vamos, vengausted, dijo á Eugenio.

Al verse el joven en el coche de Nucingen y con aquella mujer, creyó que soñaba.

— Al Palais-Royal, dijo ella al cochero, cerca del Teatro Francés.

Durante el camino parecía agitada, y no quiso responder á las mil preguntas de Eugenio, el cual no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta, obtusa.

« En un momento se me escapa, se decía. »

Cuando el coche se detuvo, la baronesa miró al estudiante con ademán que impuso silencio á sus locas palabras, pues se había entusiasmado locamente.

— ¿Me ama usted de veras? le dijo.

— Sí, contestó, tratando en vano de ocultar la inquietud que un instante le había invadido.

— ¿No pensará usted mal de mí aunque le pida lo que le pida?

— No.

— ¿Está usted dispuesto á obedecerme?

— Ciegamente.

— ¿Ha jugado usted alguna vez? preguntó con voz trémula.

— ¡Jamás!

— ¡Ah! Respiro, porque será usted afortunado. Tome usted mi bolsillo, dijo. Vamos, tómelo usted; contiene cien francos, todo el capital de esta mujer tan feliz. Suba usted á una casa de juego; no sé dónde están, pero sí que las hay en el Palais-Royal. Ponga usted los cien francos á un juego llamado la ruleta, y piérdalos usted ó tráigame seis mil francos. A la vuelta le contaré mis penas.

— Consiento en que me lleve el demonio, si entiendo una palabra de lo que voy á hacer; pero quiero obedecerla á usted, añadió con viva alegría, causada por este pensamiento: « Puesto que se compromete conmigo nada puede rehusarme. »

Eugenio toma el lindo bolsillo, corre al número 9, después de haber preguntado á un comerciante de ropas hechas por la casa de juego más próxima; sube, deja el sombrero en manos de un dependiente, entra y pregunta dónde estaba la ruleta. Con gran asombro de los presentes, el criado le conduce delante de una larga mesa. Eugenio, seguido de todos los espectadores, pregunta sin avergonzarse dónde hay que colocar la puesta.

— Si coloca usted un luis en cada uno de estos treinta y seis números, y sale, ganará usted treinta y seis luises, le dijo un respetable anciano de blancos cabellos.

Pone Eugenio los cien francos en el veintiuno, número de sus años. Antes de que se diera cuenta de

nada, oyóse un grito de asombro. Había ganado sin saberlo.

— Retire usted su dinero, le dijo el viejo, nadie gana dos veces seguidas en este juego en el mismo número.

Toma Eugenio un rastrillo que le alarga el anciano, y arrastra hacia sí los tres mil seiscientos francos. Luego, sin saber del juego más que al empezar, es decir, nada, los pone en el rojo. Los espectadores le contemplan con envidia, al ver que juega de nuevo. Gira la rueda, vuelve á ganar y á pagarle el banquero otros tres mil seiscientos francos.

— Tiene usted siete mil doscientos francos, le dijo al oído el caballero anciano. Si quiere usted creerme, retírese, porque el rojo ha venido ya ocho veces, y, si es usted caritativo, agradecerá usted mis buenos consejos aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se encuentra reducido á la mayor necesidad.

Rastignac, aturdido, deja al de la blanca cabellera tomar diez luises, y baja las escaleras con sus siete mil francos, sin comprendér todavía una palabra del juego, pero asombrado por la suerte que ha tenido.

— Y ahora ¿dónde me lleva usted? dijo enseñando á la señora de Nucingen los siete mil francos, luego que la portezuela quedó cerrada.

Delfina le estrechó contra su pecho, como una loca, abrazándole con fuerza, pero sin pasión.

— ¡Me ha salvado usted!

Y gruesas lágrimas de alegría rodaron por sus mejillas.

— Todo voy á contárselo, amigo mío. Porque usted será amigo mío, ¿no es verdad? Me ve usted rica y opulenta; nada me falta, ó, al menos, parece que no me falta. Pues bien; sepa usted que mi marido no me deja disponer de un céntimo; paga todos los gastos de la casa, mis coches, mis palcos; mas para gastos de modista, y como dinero de bolsillo, me concede una suma insignificante, reduciéndome á miseria secreta por cálculo. Soy demasiado orgullosa para irle con súplicas. ¿No es verdad que sería yo la última de las criaturas si aceptara su dinero al precio que él quiere ponerle? ¿Cómo, yo que tengo setecientos mil francos he llegado á verme despojada de esa manera? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes y tan inocentes cuando comenzamos la vida conyugal! Desgarrábame la boca la palabra que era preciso pronunciar para pedirle dinero á mi marido; nunca me atrevía, y me he comido mis economías, con más lo que me ha dado mi pobre padre. Y después he contraído deudas. El matrimonio ha sido para mí la más horrible de las decepciones; no puedo referírselas; bástele á usted saber que me tiraría á la calle por una ventana, si hubiera de vivir con Nucingen de otra suerte que teniendo cada uno nuestra habitación aparte. Cuando tuve que confesarle mis deudas de mujer joven y elegante: joyas, caprichos, etc., etc. (mi buen padre no nos negaba nada), sufrí un verdadero tormento; pero á la postre, hallé fuerzas para decírselo. ¿No tenía yo mi fortuna propia? Nucingen se enfadó, me dijo que iba á arruinarle. Hubiera querido estar á cien pies bajo tierra. Como tenía en sus manos mi dote, pagó,

pero estipulando para mis gastos personales, en lo sucesivo, una cantidad á la que me he resignado para vivir en paz. Después he querido corresponder al amor propio de alguien á quien usted conoce. Me ha engañado, abandonándome indignamente, mas debo hacer justicia á la nobleza de su carácter. No debería un hombre abandonar nunca á una mujer á la cual han arrojado, viéndola en un momento de apuro, un puñado de oro. Debería amarla siempre. Usted, alma cándida de veintiún años; usted, joven y puro, preguntará cómo puede aceptar una mujer dinero de un hombre. ¡Ay! ¿no es la cosa más natural del mundo partir lo que poseemos con el ser á quien debemos la felicidad? Los que todo se han dado, ¿por qué han de preocuparse de tan pequeña parte de ese todo? El dinero sólo empieza á ser algo en el instante en que el sentimiento ha desaparecido. ¿No se unen para siempre los que se aman? ¿Quién de nosotras prevé una separación, creyéndose amada de veras? Si nos juran ustedes un amor eterno, ¿por qué hemos de tener intereses distintos? No puede usted figurarse lo que he sufrido hoy al negarme Nucingen terminantemente seis mil francos; ¡él, que todos los meses se los da á su querida, una mujerzuela de la Opera! Pensé en matarme. Las ideas más disparatadas cruzaban por mi cabeza, y había momentos en que envidiaba la condición de una criada, de mi propia doncella. Dirígame á mi padre, inútil; entre Anastasia y yo le hemos saqueado, y el pobre se hubiera vendido si valiese seis mil francos. Habría ido á desesperarle en vano. Usted me ha salvado de la vergüenza y de la

muerte, porque estaba loca de dolor. ¡Ah, caballero! yo le debía á usted esta explicación, porque he sido muy extravagante con usted. Cuando me ha dejado usted en el coche y le perdí de vista, entráronme ganas de huir á pie... ¿adónde? No lo sé. Ahí tiene usted lo que es la vida de la mitad de las mujeres de París; lujo exterior y mortales ansias en el alma. Conozco á otras infelices aun más desgraciadas que yo. Las hay que se hacen presentar por sus proveedores cuentas amañadas. Otras tienen que robar á sus maridos; unos creen que las cachemiras de quinientos francos cuestan cien luises, y otros que los de cien luises sólo valen quinientos francos. Algunas infelices hacen ayunar á sus hijos, y todavía sisan para tener un vestido. Yo estoy pura de estos odiosos engaños. Esta será mi última angustia. Si algunas mujeres se venden á sus maridos para gobernarlos á su antojo, yo, siquiera, soy libre de semejantes bajezas. Podría hacerme cubrir de oro por Nucingen, y prefiero llorar con la cabeza reclinada en el corazón de un hombre á quien pueda estimar. ¡Ah! esta noche no podrá mirarme el señor de Marsay como á mujer á quien ha pagado.

Ocultó el rostro entre las manos, para que no viera Eugenio sus lágrimas; pero éste se lo descubrió para contemplarla, y la halló sublime.

— Mezclar el dinero con el amor, ¿no es cosa horrible? Usted ya no podrá quererme, dijo.

Aquella confusión de hermosos sentimientos, de esos que enaltecen tanto á la mujer, y de faltas que la actual constitución de la sociedad las obliga á co-

meter, trastornaba á Eugenio, quien pronunciaba consoladoras palabras de ternura, contemplando á aquella mujer, cuya explosión de dolor presentábase con tan imprudente candidez.

— Prométame usted que no hará de esto un arma contra mí, dijo Delfina.

— Señora, soy incapaz de tal cosa, contestó.

— Cogiòle Delfina la mano, poniéndola sobre su corazón, obedeciendo á un movimiento lleno de gratitud y de amabilidad.

— Gracias á usted, vuelvo á ser libre y feliz. Vivía oprimida por una mano de hierro. Desde ahora seré económica; no gastaré nada. A usted le pareceré bien de cualquier modo, ¿no es verdad, amigo mío?... Guarde usted esto, dijo tomando tan sólo seis billetes de mil francos... En conciencia, le debo á usted tres mil francos, pues mis intención era que fuéramos á medias.

Defendióse Eugenio como una virgen, pero la baronesa le dijo :

— Le consideraré á usted como mi mayor enemigo si no quiere usted ser mi cómplice.

A lo que Eugenio replicó :

— Será un fondo de reserva para en caso de desgracia.

— Acaba usted de pronunciar la palabra que tanto temía yo, exclamó Delfina palideciendo. Si quiere usted ser algo para mí, júreme usted no volver á jugar. ¡ Dios mío, me moriría de dolor pesando haberle corrompido á usted !

Habían llegado. El contraste entre la miseria y la

opulencia aturdió al estudiante, en cuyos oídos sonaron como un eco las siniestras palabras de Vautrin.

— Siéntese usted ahí, dijo la baronesa entrando en su cuarto y señalando al estudiante un diván junto á la chimenea. Voy á escribir una carta muy difícil. Aconséjeme usted.

— Pues ya le estoy aconsejando, dijo Eugenio : no escriba usted, meta los billetes en un sobre y envíelos usted por la doncella.

— ¡ Vaya un hombre como no hay dos ! exclamó Delfina. Ahí tiene usted lo que es haber recibido una educación distinguida. Eso es Beauseant puro, añadió sonriendo.

« Es encantadora », pensó Eugenio, que se iba enamorando por momentos.

Después consideró la habitación, en la que se observaba la voluptuosa elegancia de una cortesana rica.

— ¿ Le parece bien mi jaula ? dijo mientras llamaba. — Y añadió : — Teresa, lleve usted esto á casa del señor de Marsay : en propia mano. Si no está, tráigame usted la carta.

No salió Teresa sin antes dirigir á Rastignac una maliciosa mirada. La comida estaba servida. Rastignac dió el brazo á Delfina, la cual le condujo á un delicioso comedor, en el que encontró el mismo lujo que admirara en casa de su prima.

— Siempre que sea día de Italianos, dijo la baronesa, vendrá usted á comer conmigo, y luego me acompañará usted al teatro.

— Me habituaria con sumo gusto á esta vida, si hubiera de durar ; pero yo soy un pobre estudiante

que tiene que seguir una carrera y hacer su fortuna.

— Ya llegará, dijo la baronesa riendo. Vea usted cómo se arregla todo : no creía yo ser hoy tan feliz.

Es propio de las mujeres probar lo imposible por lo posible y destruir los hechos con los presentimientos. Cuando Delfina de Nucingen y Rastignac entraron en su palco de los Bufos, el aire de satisfacción de ella hacía parecer aun más hermosa. Muchos, al verla, permitiéronse algunas de esas pequeñas calumnias contra las cuales no tienen defensa las mujeres y que á veces hacen creer en desórdenes inventados á placer. Los que conocen á París saben que no debe creerse nada de lo que en él se dice, y que no se dice nada de lo que se hace.

Eugenio cogió la mano de la baronesa, y ambos se hablaron por medio de presiones más ó menos vivas, comunicándose las sensaciones que la música producía en ellos. Aquella noche fué embriagadora para ambos. Salieron juntos, y Delfina quiso acompañar á Eugenio hasta el Puente Nuevo, negándole durante todo el camino uno solo de aquellos besos que tanto le prodigara en el Palais-Royal. Reprochóle Eugenio tal inconsecuencia.

— Hace poco, respondió Delfina, expresaban el reconocimiento de un servicio inesperado, ahora significarian una promesa.

— ¿Y no me quiere usted darme ninguna, ingrata ?

Manifestó Eugenio su disgusto ; entonces Delfina, haciendo uno de esos gestos de impaciencia que enloquecen á un amante, le dió la mano á besar, y él la tomó de tan mala gana, que le hizo mucha gracia.

— Hasta el lunes en el baile, dijo.

Mientras se encaminaba á pie hacia su casa, á la luz de una hermosa noche de luna, sumióse Eugenio en serias meditaciones. Estaba contento y descontento á la par ; contento de aquella aventura, cuyo probable desenlace sería para él la posesión tan deseada de una de las mujeres más elegantes de París ; descontento viendo por el suelo sus sueños de fortuna ; y entonces fué cuando sintió la realidad de aquellos pensamientos indecisos á que la antevíspera se había entregado. La falta de éxito en los planes viene siempre á revelarnos la magnitud de las pretensiones. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisiense, menos se resignaba á continuar pobre y obscuro. Arrugaba en el bolsillo el billete de mil francos, haciéndose infinidad de razonamientos capciosos para apropiárselo. Llegó por fin á la calle Neuve-Sainte-Genève, y cuando estuvo en lo alto de la escalera vió luz : el tío Goriot había dejado la luz encendida y la puerta entreabierta, con objeto de que el estudiante no olvidara entrar á *contarle su hija*, según su expresión. Nada le ocultó Eugenio.

— ¡ De modo que me creen arruinado ! exclamó Goriot, cuyos celos hicieron explosión con desesperada violencia. ¡ Si tengo aún mil trescientos francos de renta ! ¡ Pero señor ! ¿ por qué no ha venido esa pobre criatura ? Hubiera vendido mi renta, habríamos tomado del capital lo necesario, y con el resto hubiera tenido yo para pasar mis últimos días. ¿ Por qué no ha venido usted á contarme los apuros de la pobre, querido vecino, y cómo ha tenido usted valor para arriesgar

en el juego sus últimos cien francos? eso me desespera. Ahí tiene usted lo que son los yernos. Como los cogiera, los estrangulaba... ¡Llorar, Dios mío, llorar! ¿Conque ha llorado?

— Apoyada su cabeza en mi chaleco, dijo Eugenio.

— ¡Oh, regálemelo! dijo el tío Goriot. ¿Conque ha llorado mi querida Delfina, ella, que siendo niña no vertió ni una lágrima? ¡Oh! Le compraré á usted otro, pero no lleve usted más ése, déjemelo usted. Ella tiene, según el contrato, el usufructo de sus bienes. Mañana mismo voy á ver á un procurador, á Derville. Exigiré la libre colocación de su fortuna. Conozco las leyes; soy lobo viejo, y les probaré que aun tengo dientes bien afilados.

— Tome usted, papá; aquí tiene usted mil francos que se ha empeñado en darme de las ganancias de esta mañana. Guárdelos usted en el chaleco.

Contempló el anciano á Eugenio, le tendió la mano para coger la suya, y dejó caer en ella una lágrima.

— Logrará usted ver realizados sus planes, le dijo el viejo, Dios es justo. Soy entendido en lo que atañe á honradez, y le aseguro á usted que hay pocos hombres que se parezcan á usted. ¿Quiere usted ser también mi querido hijo? Vaya usted á dormir. Usted puede hacerlo, porque todavía no es padre. Conque ha llorado, y ahora lo sé, después de haber estado comiendo muy tranquilo, como un imbécil, mientras ella sufría, ¡yo, que vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para ahorrar una lágrima á cualquiera de las dos!

« Realmente, se dijo Eugenio al acostarse, que

creo que seré hombre honrado toda mi vida. Proporciona un verdadero placer el seguir las inspiraciones de la propia conciencia. »

Sólo quizá los que creen en Dios practican el bien en secreto, y Eugenio creía en Dios. Al día siguiente, á la hora del baile, fué Rastignac á casa de la de Beauseant, la cual le llevó á la de la duquesa de Carigliano. Recibió la más afectuosa acogida por parte de la mariscal, en cuya casa vió á Delfina, que habiase esmerado en su tocado con objeto de agradar á todos, para agradar más á Eugenio, de quien esperaba con impaciencia, si bien creyendo no ser notada, una mirada siquiera. Para el que sabe adivinar las emociones femeninas, un momento así es delicioso. ¿Quién no se ha complacido en hacer esperar su opinión, en disimular coquetamente su contento buscando una confesión por medio de las inquietudes causadas, y gozando de temores que han de disiparse á la primera sonrisa? Durante el baile, el estudiante se hizo cargo de su situación, y comprendió que su próximo parentesco con la señora de Beauseant le daba una posición distinguida en sociedad. La conquista de la señora de Nucingen, que le atribuían ya, le hacía tan visible, que todos los jóvenes le miraban con envidia; al sorprender algunas de aquellas miradas, saboreó los primeros placeres de la fatuidad. Al pasar de un salón á otro, solía oír el elogio de su dicha. Todas las mujeres le pronosticaban grandes fortunas, y Delfina, temiendo perderle, le prometió para aquella noche el beso que negara la antevíspera.

Varias fueron las invitaciones que recibió Rastignac

en aquel baile. Su prima le presentó á otras damas, todas ellas con pretensiones de elegantes y que daban reuniones también muy agradables, de suerte que se halló metido en lo mejor de la sociedad parisiense.

Ofrecióle, pues, aquella velada todos los encantos de un estreno brillante, del que había de acordarse hasta en los días de su vejez, como recuerda una muchacha el baile en que fué festejada. Al día siguiente contó durante el almuerzo aquellas victorias al tío Goriot delante de los otros huéspedes. Vautrin comenzó á reirse de un modo diabólico.

— Y después de lo que acaba usted de referirnos, exclamó aquél con su lógica inflexible, ¿cree usted que un joven de los de moda puede vivir en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en la casa Vauquer, casa respetabilísima sin duda, pero que carece de toda elegancia? Es cómoda, se distingue por la abundancia que en ella reina, está orgullosa de servir de momentáneo albergue á un Rastignac, pero al fin y á la postre la verdad es que está en la calle Neuve-Sainte-Geneviève y que desconoce el lujo porque es puramente patriarcal *rama*. Mi joven amigo, continuó Vautrin en tono socarronamente paternal, si quiere usted dar golpe en París, necesita usted tres caballos y un tilburi por la mañana, un cupé por la noche, en total unos nueve mil francos para su tren de carruajes. Sería usted indigno del papel á que está destinado si no gastara tres mil francos en el sastre, seiscientos en el perfumista, trescientos francos en el zapatero y otros trescientos en el sombrerero. La planchadora le costará á usted mil francos, porque los jóvenes de moda

no pueden excusarse de estar muy bien de ropa blanca: ¿no es lo que suele examinarse más en ellos? El amor y la iglesia exigen hermosas telas sobre sus altares. Estamos, pues, en los catorce mil. No le hablo de lo que pierda en el juego, en apuestas, en regalos; es imposible no contar dos mil francos para dinero de bolsillo. He practicado ese género de vida, y sé lo que cuesta... Añada usted á esas primeras necesidades trescientos luises para la comida y mil francos para la casa, y verá usted, hijo mío, cómo salimos por unos veinticinco mil francos anuales so pena de caer en el fango y de que se rían de nosotros, con lo que ¡adiós porvenir, triunfos y amantes! Se me ha olvidado el ayuda de cámara y el criadito de recados, á no ser que quiera usted confiar á Cristóbal la misión de mensajero de sus amores, y escribir sus apasionadas cartitas en papel del que usa usted ahora. Crea usted á un viejo muy experimentado, añadió con voz de bajo profundo. Destiérrese á una virtuosa buhardilla, y en ella cátese con el trabajo, ó eche usted por otro camino.

Y Vautrin guiñó un ojo, indicando á Victorina Taillefer, como recordando y resumiendo en este guiño los corruptores razonamientos que había sembrado en el corazón del estudiante.

Trascurrieron algunos días, durante los cuales llevó Rastignac la vida más disipada. Comía casi á diario en casa de Delfina de Nucingen, á la que después acompañaba á todas partes. Volvía á las tres ó las cuatro de la mañana, se levantaba á las doce para componerse, iba á paseo con Delfina al Bois de Boulogne, cuando hacía buen tiempo, prodigando de esta

suerte el suyo sin apreciarle debidamente, y aspirando todas la enseñanzas y todas las seducciones del lujo con el ardor que se apodera del impaciente cáliz de la palmera hembra cuando recibe el polen fecundante del himeneo. Jugaba fuerte, perdía ó ganaba mucho, y acabó por habituarse á la vida desordenada de la juventud parisiense. De sus primeras ganancias había enviado mil quinientos francos á su madre y hermanas, acompañando esta restitución con bonitos regalos. Aunque había anunciado su deseo de salirse de casa de la señora de Vauquer, allí estaba aún en los últimos días de enero, sin saber cómo arreglárselas para mudarse. La gente joven está sometida á una ley en apariencia inexplicable, pero cuya causa radica precisamente en su juventud misma y en la especie de furor con que se entrega al placer. Ricos ó pobres, nunca tienen bastante dinero los jóvenes para las necesidades de la vida, y en cambio disponen siempre del suficiente para sus caprichos. Pródigos de todo lo que se obtiene á crédito, son avaros de lo que se paga al contado, y parecen vengarse de lo que no tienen, derrochando cuanto pueden llegar á tener. Precizando la cuestión, diremos que un estudiante se cuida más del sombrero que del frac. Lo cuantioso de la ganancia hace al sastre esencialmente fiador, mientras que la modicidad de la suma que cobra convierte al sombrerero en uno de esos terribles seres con quienes se ve el joven obligado á parlamentar. Suele ocurrir que el mismo pollo que ofrece en el teatro á la admiración de las mujeres que le contemplan con sus gemelos chalecos deslumbrantes no lleva calcetines: el comer-

ciente de objetos de punto es otro de los gusanos roedores de su bolsillo.

En tal situación hallábase Rastignac. Siempre vacía para la patrona y siempre llena para las exigencias de la vanidad, tenía su bolsa las alternativas más extraordinarias y menos conformes con los pagos de mayor urgencia. Para dejar aquella casa repugnante, en la que todos los días se humillaba su vanidad, ¿no era preciso pagar un mes á la pupilera y comprar muebles para su nueva habitación de *dandy*? Aquello constituía siempre la cosa imposible. Cuando tenía que pagar deudas del juego, iba á su relojero á comprar relojes y cadenas de oro que luego llevaba á empeñar al monte de piedad — ese severo y silencioso amigo de la juventud — joyas cuyo valor íntegro pagaba cuando ganaba; mas tratándose de pagar la casa y la comida ó de comprar lo necesario para continuar su vida elegante, hallábase sin inventiva ni audacia. Las necesidades vulgares y las deudas contraídas para satisfacerlas no le estimulaban. Como la mayor parte de los que han tenido tan azarosa existencia, esperaba hasta el último momento para saldar créditos sagrados, según los burgueses, á semejanza de Mirabeau, que se resistía á pagar el pan hasta que le presentaban la cuenta bajo la forma terrorífica de letra de cambio.

Por entonces, Rastignac había perdido su dinero y contraído deudas, comenzando á comprender que sin recursos fijos le sería imposible continuar aquella existencia. No obstante, á la vez que gemía bajo los terribles zarpazos de su precaria situación, encontrábase